CUEVA DE SAN PATRICIO.

DEspues de las prevenciones
tan justas, y tan solemnes,
como para tanto caso
se piden, y se requieren:
y despues que yo de todos
con fé, y animo valiente,
para entrar en esta Cueva,
me despedí tiernamente,
puse mi espiritu en Dios,
y repitiendo mil veces
las mysteriosas palabras,
de quien los Infiernos temen,
pasé, luego sus umbrales,
y esperando á que me cierren
la puerta estuve algun rato.
Cerraronle al fin, y halléme
en noche obscura negado
á la luz tan tristemente,
que cerré los ojos yo,
(propio efecto del que quiere
vér en las obscuridades)
y con ellos de esta suerte
andando fui , hasta tocar
la pared, que estaba enfrente,
y siguiendome por ella,
como hasta cosa de veinte
pasos, encontré unas peñas,
y adverti, que por la breve
rotura de la pared
entraba dudosamente
una luz, que no era luz
como á las Auroras suele
el crespusculo dudar,
si amanece, ó no amanece.
Sobre mano izquierda entré
siguiendo con pasos leves
una senda, y al fin de ella
la tierra se me estremece,
y como que quiere hundirse,
hace à mis plantas que tiēblen.
* Sin sentido quedé, quando
hizo, que à su voz despierte
de un desmayo, y un olvido
un trueno , que horriblemente
sonó, la tierra en que estaba
abrió el centro , en cuyo vientre
me pareció, que caí
á un profundo, y que alli fuesen
mi sepultura las piedras,
y tierra , que tras mi vienen.
* En una sala me hallé
de jaspe , en quien los pinceles
obraron la arquitectura
docta, y advertidamente.
Por una puerta de bronce
salen, y hacia mi se vienen
doce hombres, que vestidos
de blanco conformemente,
me recibieron humildes,
y saludaron corteses.
* Uno (á el parecer entre ellos
superior) me dixo: Advierte,
que pongas en Dios la fé,
y no desmayes por verte
de Demonios combatido,
porque si bolverte quieres,
movido de sus promesas,
ó amenazas, para siempre
quedarás en el Infierno
entre tormentos crueles.
Angeles para mi fueron
* estos hombres, y de suerte
me admiraron sus razones,
que desperté nuevamēte. Lue-

Luego de improviso toda
la sala llena le ofrece
de visiones infernales,
y de espiritus rebeldes
coñ las formas mas horribles,
y mas feas que ellos tienen,
què no hay á qué compararlos.
Y uno me dixo: Imprudente,
loco, necio, que has querido
antes de tiempo ofrecerte
á el castigo, que te aguarda,
y á las penas, que mereces ?
Si tus culpas son tan grandes,
que es fuerza, que te condenes,
porque en los ojos de Dios
hallar clemencia no puedes,
en qué consiste venir
tú á tomarla ? Buelve, buelve
á el mundo, acaba tu vida,
y como viviste, muere.
Entonces vendrás á vernos,
que ya el Iofierno previene
la silla, que has de tener
ocupada eternamente.
No le respondi palabra,
y dandome fieramente
de golpes, de pies, y manos
me ligaron con cordeles;
y luego con unos garfios
de acero me asen, y hieren,
arrastrandome por todos
los claustros, adonde encienden
una hoguera, y en sus llamas
me arrojan: JESUS valedme !
(dixe) huyeron los Demonios,
y el fuego se aplaca, y muere.
Llevaronme luego á un campo,
cuya negra tierra ofrece
frutos de espina, y abrojos
por rosas, y por claveles.
Aqui el viento, que corria,
penetraba sutilmente
los miembros, aguda espada
era el suspiro mas debil.
Aqui en profundas cavernas
se quexaban tristemenre
condenados, maldiciendo
á sus Padres, y parientes:
tan desesperadas voces
de blafemias insolentes,
de reniegos, y por vidas
repetian muchas veces,
que aun los Demonios tẽblaban.
Pasé adelante, y halléme
en un prado, cuyas plantas
eran llamas, como suelen
en el abrasado Agosto
las espigas, y las mieses.
Era tan grande, que nunca
el termino en que fenece
halló la vista, y aqui
estaban diversas gentes
recostadas en el fuego,
á quien pasan, y trascienden
clavos, y puntas ardiendo,
qual los pies, y manos tiene
clavados contra la tierra,
á qual las entrañas muerden
viboras de fuego, qual
mordiendo está con los dientes
la tierra, qual á sí mismo
se despedaza, y pretende
morir de una vez, y vive
para morir muchas veces.
En este campo me echaron
los Ministros de la muerte,
cuya furia á el Dulce Nombre
de JESUS se desvanece.
Pasé adelante, y halléme
con tormentos, qué crueles!
Curaban á los heridos
con plomo, y resina ardiente,
que echado sobre las llagas,
erã cauterios mas fuertes. Quiẽ

Quién hay, que aqui no se aflija?
Quién hay, que aqui no se eleve?
Que no llore, y no suspire?
Que no dude, y que no tiemble?
Luego de una Carcel ví,
que por puertas, y paredes
estaban subiendo rayos,
como acá se vé encenderse
una casa, en quien el fuego
rebienta por donde puede.
Esta, me dixeron, es
la Quinta de los deleytes,
el baño de los regalos,
á donde estan las mugeres,
que en esotra vida fueron,
por livianos pareceres,
amigas de olores, y aguas,
unturas, baños, y afeytes.
Dentro entré, y en ella ví,
que en un Estanco de nieve
se estaban bañando muchas
hermosuras excelentes.
Debaxo del agua estaban
entre culebras, y sierpes,
que de aquellas ondas eran
las Sirenas, y los pezes.
Elados tenian los miembros
entre el crystal trasparente,
los cabellos erizados,
y traspillados los dientes.
Salí de aqui, y me llevaron
á una montaña eminente,
tanto, que para pasar
de los Cielos, con la frente
abolló, sino rompió,
ese velo azul celeste.
Hay en medio de esta cumbre
un volcan, que exhala, y vierte
llamas, y contra los Cielos
que las escupe parece.
De este volcan este pozo
de rato en rato procede
fuego, de quien salen muchas
almas, y à esconderse buelven,
repitiendo la subida,
y baxada muchas veces.
Un ayre abrasado aqui
me abrasó improvisamente,
haciendome retirar
de la puerta hasta meterme
en aquel profundo abysmo.
Salí de él, y otro ayre viene,
que traía mil legiones,
y á empellones, y baybenes
me llevaron á otra parte,
donde ahora me parece
de todas las otras almas,
que havia visto juntamente,
que estaban aqui, y con ser
sitio de mas penas este,
miré à todos los que estaban
alli con rostros alegres,
con apacibles semblantes,
no con voces impacientes,
sino elevados los ojos
á el Cielo, como quien quiere
alcanzar piedad, lloraban,
tierna, y amorosamente,
en que ví, que este lugar
el del Purgatorio fuese,
que asi se purgan alli
las culpas que son mas leves.
No me vencieron aqui
las amenazas de verme
entre ellos, antes me dieron
valor, y animo mas fuerte.
Y asi los Demonios viendo
mi constancia, me previenen
la mayor penalidad,
y la que mas propiamente
llaman Infierno, que fué
llevarme á un Rio, que tiene
flores de fuego en su margen,
y de azufre su corriente, mons-

monstruos marinos en él
eran hydras, y serpientes:
Era muy ancho, y tenia
una tan estrecha puente,
que era una linea no mas,
y ella tan delgada, y debil,
que me pareció sin duda
que sin quebrar no pudiese
pasarlo: aqui me dixeron:
por ese camino breve
has de pasar, mira como,
y para su horror advierte
como pasan los que ván
delante, y ví claramente,
que otros, que pasar quisieron,
cayeron donde las sierpes
los hicieron mil pedazos
con las garras, y los dientes.
Invoqué de Dios el Nombre,
y con él pude atreverme
à pasar de esotra parte,
sin que temores me diesen
ni las ondas, ni los vientos,
combatiendome inclementes.
Pasé al fin, y en una selva
me hallé tan dulce, y tan fertil,
que me puede divertir
de todo lo antecedente;
el camino fui siguiendo
de cedros, y de laureles,
arboles del Paraíso,
y siendo alli propiamente
el suelo todo sembrado
de rosas, y de claveles,
matizaba un espolín
encarnado, blanco, y verde.
Las mas amorosas aves
se quexaban dulcemente
á el compàs de los arroyos
de mil repetidas fuentes.
Y á la vista descubrí
una Ciudad eminente,
de quien era el Sol remate
á torres, y chapiteles.
Las puntas eran de oro,
tachonadas sutilmente
de diamantes, y esmeraldas,
topacios, rubíes, claveles.
Antes de llegar se abrieron,
y en orden hacia mi viene
una Procesion de Santos,
donde niños, y mugeres,
viejos, y mozos venian
todos contentos, y alegres,
Angeles, y Serafines
luego en mil choros preceden
con suaves instrumentos
cantando dulces motetes.
Despues de todos venia
glorioso, y resplandeciente
Patricio, gran Patriarcha,
y dandome parabienes,
de que yo antes de morirme
una palabra cumpliese,
me abrazó, y todos mostrando
gozarse en mis proprios bienes.
Animóse, y despidióme,
diciendome, que no pueden
hombres mortales entrar
en la Ciudad excelente.
Que mandaba, que à este mundo
segunda vez me volviese;
y al fin por los propios pasos
bolvi, sin que me ofendiesen
espiritus infernales.
Llegué á tocar finalmente
la puerta, quando llegasteis
todos a buscarme, y verme,
y pues sali de un peligro,
permitidme, y concededme,
piadosos Padres, que aqui
morir, y vivir espere.
Con esto la historia acabe,
y su admiracion empieca. FIN.